

## CANTOS Y POESÍAS PARA LA CATEQUESIS [2ª parte]

LUIS RESINES  
Valladolid

### III. MORALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD POR MEDIO DE LA CATEQUESIS

He agrupado en este apartado unas poesías que tienen mucho en común con algunas de las ya aparecidas, y con algunos de los apartados precedentes. Pero he preferido hacer con ellas otra división, por el hecho de que la enseñanza presente en sus versos tiene una clara tendencia a tocar, en diversas estrofas, todos los problemas (o al menos un número notable de ellos) de la sociedad.

La catequesis aparece como la piedra clave, la piedra angular, que delimita lo que está bien o lo que está mal, el sentido y la orientación de la vida, el acierto o el fracaso en la dirección de sus vidas que los personajes de las poesías respectivas emprenden.

#### 1. *Contrastes*

La obra hay que atribuirle a Juan Fernández Loredó, en cuyo libro<sup>33</sup> aparece, a no ser que se llegara a demostrar que lo único que ha realizado hubiera sido una recopilación de poemas preexistentes para darles cabida en las páginas de su libro; como esto no aparece así, ni hay vestigio alguno que permita sospecharlo, al indicar que se tratara de poemas de otras procedencias, hay que asignarle con honestidad la autoría de la poesía que sigue:

---

<sup>33</sup> J. Fernández Loredó, "Contrastes", en *Apuntes sobre la enseñanza catequística* (Madrid, Imp. Huérfanos, 1892) 334-336.

[1] ¿Habéis fijado la vista  
en el repugnante tipo  
de esos hombres degradados  
por sus crímenes y vicios,  
que todo lo malo aplauden  
y del bien hacen ludibrio;  
Blasfemos que escandalizan  
y a Dios insultan impíos?  
— Pues tales hombres ignoran  
lo que dice el Catecismo.

[2] ¿Véis aquel joven modesto  
tan decente y tan sumiso,  
que amando a Dios y a sus padres  
vive feliz y tranquilo;  
que a los mayores respeta  
y es en el trabajo asiduo;  
que de todos se granjea  
la estimación y el cariño?  
— Ese joven no ha olvidado  
lo que enseña el Catecismo.

[3] ¿Véis aquella mujer vana  
que con procaz atavío  
las leyes del pundonor  
ha dejado en el olvido,  
a quien califica el mundo  
de mujer de poco juicio,  
y que labra la desgracia  
de su esposo y de sus hijos?  
— Esa mujer no aprendió,  
cuando niña, el Catecismo.

[4] ¿Véis aquella linda joven,  
de candor modelo vivo  
que es alegría y consuelo  
de unos padres amantísimos;  
cuya intachable conducta  
realza sus atractivos,

que las lisonjas mundanas  
oye con tanto desvío?  
— Esa joven aprendió  
con provecho el Catecismo.

[5] Aquel venerable anciano  
que supo honrar a su siglo;  
cuyas virtudes se cuentan  
por los años que ha vivido;  
padre amante, fiel esposo,  
buen hermano y leal amigo,  
en el lecho del dolor  
exhala el postrer suspiro,  
recordando las lecciones  
que aprendió en el Catecismo.

[6] Y aquel otro desdichado  
que espira en triste patíbulo,  
cuyos crímenes atroces  
le han arrastrado a tal sitio,  
lentos de remordimiento,  
con espíritu contrito  
se confiesa de sus culpas,  
mostrándose arrepentido...  
de no haber tomado nunca  
en su mano el Catecismo.

[7] ¡Libro admirable que al cristiano  
instruyes  
con tu sana doctrina bienhechora,  
y con tus puras máximas destruyes  
del vicio la influencia seductora.  
En nuestras almas sólo tú refluyes  
la virtud que en su fondo se atesora.  
Tus preciosas conquistas siempre veas  
y mil veces, y mil, ¡bendito seas!

Los contrastes, que dan título a la composición, son claros. Las seis primeras estrofas, están enfrentadas por parejas, una a otra, de manera

que el ejemplo aciago de perversión y vida depravada de la correspondiente estrofa impar, queda inmediatamente contrarrestado con la conducta modélica de la estrofa par que le sigue: Al "repugnante tipo", sumido en crímenes, vicios y blasfemias (estrofa 1<sup>a</sup>) contrapone el "joven modesto" y trabajador, que disfruta de una buena fama generalizada (estrofa 2<sup>a</sup>); a la "mujer vana" y descocada, incapaz de asumir sus obligaciones de esposa y madre (estrofa 3<sup>a</sup>) opone la "linda joven", modelo de conducta, y de tal categoría moral que es insensible a las lisonjas mundanas (estrofa 4<sup>a</sup>); alterando el orden, presenta primero al "anciano venerable", ejemplo de probidad, sentido del deber, y dechado de todas las virtudes (estrofa 5<sup>a</sup>), para ponerlo enfrente del "otro desdichado", patibulario y criminal, sumido en un tardío arrepentimiento (estrofa 6<sup>a</sup>).

Los contrastes son claros; los adjetivos están cuidadosamente seleccionados; los detalles no han sido dejados al azar. Todo ello con la idea clara de provocar unos efectos contrapuestos de bien y mal, de vicio y virtud, de modelo a seguir o de desastre a evitar. La clave aparece indefectiblemente en los dos últimos versos de cada estrofa: cada uno de los personajes ha apreciado o despreciado el catecismo. Y ahí está el punto de inflexión que ha determinado una vida de buen o mal ejemplo.

La consecuencia es clara. La estrofa 7<sup>a</sup>, conclusiva, es un canto de exaltación al catecismo. Este tiene una doctrina bienhechora, un saneamiento moral de la sociedad, una capacidad de regeneración para quienes lo siguen y consultan, que raya en los límites de lo milagroso, en tanto que quienes lo olvidan y desprecian se ven inexcusablemente abocados a una existencia degenerada. La clave de la acertada convivencia social, a la vez que moral y religiosa, está en conocer o desconocer el catecismo.

Quiero notar que, de conformidad con los patrones de la época (finales del siglo XIX), ni siquiera se hace mención del evangelio, puesto que la genuina palabra de Dios no constituía para los católicos punto de referencia real y privilegiado sobre el que hacer gravitar su existencia: con conocer y saber el catecismo era suficiente, sin tener que remontarse a otra autoridad superior, que no merecía ni mencionarse.

## 2. *El pueblo sin catecismo*

El poema que sigue, con el título descriptivo de un pueblo que vive sin catecismo, de espaldas a él, tiene un claro sentido catastrofista, como es fácil prever desde el primer acercamiento al poema. Su autor es el jesuita

Luis Martín, quien lo ha publicado, al menos en dos ocasiones<sup>34</sup>. La primera de ellas, pese a ser una simple hoja volante, tiene la ventaja de estar fechada, con motivo de la inauguración solemne de la catequesis de niñas en la Iglesia de San Agustín, en Santiago de Compostela, el domingo 22 de octubre de 1905. Nada alude en tal hoja a la presencia y actividad de Manuel Urrutia al frente de dicha catequesis, pero es más que presumible.

Es probable que el poema hubiera sido compuesto para tal ocasión, y que diez años después fuera de nuevo utilizado en otra publicación, también de los jesuitas, en la segunda ocasión de que tengo constancia.

[1] ¿Véis a ese joven rumboso,  
ignorante y presumido,  
mal hablado, bien vestido,  
lenguaraz y licencioso;  
que, echándolas de valiente,  
blasfema, perjura y miente  
con sin igual qui jotismo?  
Pues ese, cuando era niño  
nunca supo el CATECISMO.

[2] ¿Véis a ese pobre bracero  
que en un día de asonada  
por un *puñao* de dinero,  
por una copa de vino  
levanta una barricada  
y hace alarde de heroísmo?  
Infeliz! No se recela  
que ese brutal heroísmo,  
es un crimen que otro explota;  
Y es que cuando fue a la escuela  
el pobre no aprendió jota,  
ni jota de CATECISMO.

[3] ¿Véis a ese escritor novel  
que escribe todos los días  
una resma de papel,

y una resma de herejías?  
Pues bien; si a ese gran letrado  
tan pagado de sí mismo  
queréis verle atortolado,  
acusadle las cuarenta  
y pedidle que os dé cuenta  
de un poco de CATECISMO:

[4] ¿Véis a ese gran magistrado  
que en vez de acusar al vicio  
da libertad al malvado  
y al inocente un suplicio,  
más bribón y canalla  
que el reo contra quien falla  
al crimen y al agio apela  
para saciar su egoísmo?  
Es que cuando fue a la escuela  
se olvidó del CATECISMO.

[5] ¿Véis a esa noble señora  
a quien la furia insensata  
de aparecer literata  
interiormente devora?  
Pues oíd: esa eminencia  
con tanto pujos de ciencia,  
con tanto romanticismo,

---

<sup>34</sup> L. Martín, *El pueblo sin catecismo* (1905): hoja volante de la catequesis de Santiago (Imp. y Enc. del Seminario de Santiago, 1905); también en *De bròma y de veras* (1915) n. 52, 5-8.

no sabe, ¡quién lo diría!,  
no sabe el Ave María  
ni ha leído el CATECISMO.

[6] ¿Véis a esa niña coqueta  
que bufa, llora y se inquieta  
si su madre la reprende  
porque habla lo que no entiende  
en lugar de hacer calceta?  
Pues todo ese espumarajo  
que su soberbia revela,  
es porque se va al paseo  
a ensayar su coquetismo  
en vez de ir a la escuela  
a aprender el CATECISMO.

[7] ¿Véis a esa joven mundana,  
que se enfurece y requema  
que maldice y que blasfema  
porque le da la real gana,  
porque a estrenar cada día  
un nuevo traje no alcanza,  
ni echar una contradanza.  
ni a frecuentar una orgía?  
Pues el motivo es el mismo;  
los padres que la engendraron,  
a danzar... sí la enseñaron,  
mas nada de CATECISMO.

[8] ¿Véis a ese gran jugador  
y a ese precoz libertino  
que ha perdido en el casino  
su renta, vida y honor;  
que tras afanes prolijos  
y al voltear de la ruleta,  
ha jugado en una noche  
el oro de su gaveta  
y hasta el piano y el coche  
de su mujer y sus hijos?  
Pues ya su loca niñez  
presagió ese cataclismo,  
cuando por jugar tal vez  
a la brisca o la rayuela  
se escapaba de la escuela  
y huía del CATECISMO.

[9] De modo que, en conclusión,  
y para decirlo en prosa:  
los hombres son lo que son  
más bien por educación  
que por cualquier otra cosa.  
Y la ciencia del letrado,  
y el sable del cesarismo,  
no harán jamás que el malvado  
llegue a ser un hombre honrado  
si no sabe el CATECISMO.

La lección es clara: el catecismo es clave para la solución de todos los conflictos y situaciones difíciles, por extrañas que parezcan: Precisamente si tales situaciones existen es porque la carencia de catecismo ha hecho posible la aparición de todas las lacras sociales y religiosas descritas.

El "joven rumboso" de la primera estrofa es un audaz blasfemo, falto de respeto a los sentimientos religiosos de sus conciudadanos, y más aún, falto de respeto a Dios; su desordenada conducta y su "quijotismo" lo viene arrastrando desde su infancia, en la que el catecismo ha estado ausente. De nuevo vuelve a resonar como telón de fondo una catequesis infantil, que sienta las bases para toda la vida, y que cimienta una conducta posterior, que nada ni nadie puede alterar si la infancia ha tenido una educación en condiciones.

La segunda estrofa nos mete de lleno en plena "cuestión social", como ya hemos visto que hizo de forma más velada el Himno del Congreso Catequístico de Valladolid. En la presente poesía, la descripción del "pobre bracero" es minuciosa, constituyendo todo un retrato incluso físico: Es alguien sin criterio propio, traído y llevado por un poco de vino y otro poco de dinero; su protesta en la barricada es una protesta carente de convicciones, y, sobre todo, manipulada por oscuros intereses no confesados. No se le exime de culpabilidad con referencia a una escolaridad inexistente o fragmentada, sino que se le acusa de falta de interés por su propia formación, en sus años infantiles, que en la madurez le pasan factura.

El "escritor novel" (estrofa 3ª) es modelo de insensatez: en cuanto coge el papel no hace más que destilar errores y herejías. Su presunción de hombre formado no resiste un envite de catecismo, frente al cual se encuentra totalmente desarbolado. No sería capaz de decir algo que hasta los niños más pequeños saben y repiten. Y en esas condiciones pretende tener algo que decir al resto de compatriotas. Escritores, periodistas, novelistas,... encuentran aquí la horma de su zapato.

El "magistrado" corrupto también encuentra la causa de su degeneración interesada en su carencia de formación religiosa (estrofa 4ª); acaso la aprendió, pero la olvidó; sus años escolares no brillaron por su apasionado intento de conocer y rumiar el catecismo. De ahí nacen las sentencias viciadas, la ocultación dolosa de información, la prevaricación más ciega y contumaz. El poder y el interés se han adueñado de sus actos, y en lugar de servir a la causa de la verdad y de la justicia sirve a sus intereses.

En la estrofa 5ª aparece una "noble señora" con ínfulas de "literata"; y no hay mejor situación que presumir de lo que no se tiene para sorprender al incauto. Esta señora se ha metido donde no le llaman. Aparece un cierto machismo no confesado, al dar a entender (sin afirmarlo) que donde debería estar es entre sus pucheros y costuras. Por eso, al pisar un terreno resbaladizo, como es el de la ciencia, sin la suficiente preparación, aparece automáticamente la ignorancia: no sabe ni el avemarfa, cosa que cualquier chiquillo conoce de sobra.

La "niña coqueta" de la estrofa 6ª sí que es situada por el autor de la poesía, Luis Martín, donde realmente le corresponde: que se ponga a hacer calceta en lugar de darse a tantos caprichos. A esta "niña coqueta" le ha faltado la repreensión de sus abúlicos padres, temerosos de reñirle o

llevarle la contraria; y temerosos también de exigirle el conocimiento del catecismo. Con ello han conseguido hacer de su hija un monstruo de caprichos e ignorancia, y lamentarán su falta de coraje cuando ya no haya remedio.

Casi continuando el personaje, pero en una situación diferente, la "joven mundana" lo es porque no ha tenido tiempo de aprender el catecismo, y, con él, la ciencia de la salvación. Se ha dedicado a placeres, bailes, vestidos, fiestas y lujos. Culpa suya, y culpa de sus degenerados padres que la indujeron por la vía de la presuntuosa insensatez, y no tuvieron en cuenta la responsabilidad de sus decisiones. Su ignorante hija va a ser irrecuperable, y la vida de fastos y solemnidades, sin formación religiosa adecuada va a llevar a perdición y al más absoluto vacío.

Finalmente, (estrofa 8ª) el jugador empedernido, dispuesto a apostar a una carta su "renta, vida y honor", ya estaba siendo presentido: se escapaba de la escuela, lo cual es un signo premonitorio claro; y además huía del catecismo. Este signo, junto con el anterior, estaban advirtiendo a todas luces la futura tragedia que un día se ventilaría sobre una mesa de juego.

La conclusión es clara: todos los hombres de bien, las personas ejemplares, los sabios más eminentes, los santos más ejemplares,... han sido de pequeños asiduos lectores del catecismo. Y todos los malvados, los detractores de la humanidad, los más protervos criminales, los más hoscos representantes del género humano... han ignorado el catecismo desde sus más tiernos días. El lúgubre panorama de un "pueblo sin catecismo" debe hacer reflexionar a las autoridades sociales, civiles o religiosas para tomar medidas a tiempo. Y que no aleguen que no han sido debidamente advertidas.

### 3. *La mayor desgracia del hombre es perder su alma*

Escrita por Cayetano Fernández<sup>35</sup>, esta poesía tiene un notable parecido con la de "El sabio y el patán", brotada también de la misma pluma. No la he puesto junto a aquélla, y he preferido ponerla en este otro

---

<sup>35</sup> C. Fernández, "La mayor desgracia del hombre es perder su alma", en D. Bilbao, *Catecismo con ejemplos, narraciones, explicaciones, poesías* (Madrid, López del Horno, 1918) 19-20.

apartado de la moralización de la sociedad, por el recorrido social ideal que el joven de la poesía lleva a cabo en su imaginación.

A un mancebo un anciano preguntaba,

Y al anciano el mancebo respondía  
Lo que voy a contar; pues que pasaba  
El caso, un viernes, a la vera mía.

— ¿Y qué piensas tú ser?

— Seré abogado,

Que es carrera de lustre y de provecho.

— ¿Y después?

— Periodista y diputado,

Pues tengo buena labia y mucho pecho.

— ¿Y después?

— Tocaremos el registro

Que en las altas regiones tanto ayuda,  
Y, en hallando ocasión, seré ministro.

— ¿Y después?

— Millonario, ¿quién lo duda?

Hacerme rico sin tardanza espero;  
Que es muy triste vivir en apreturas.

— ¿Y después?

— Daré suelta a mi dinero

En palacios y coches y aventuras.

— ¿Y después?

— Seré conde, según pienso,

O marqués, y Gran cruz, lo que es muy grato.

— ¿Y después?

— Disfrutando del incienso

Brillaré entre la pompa y el boato.

— ¿Y después?

— Ya... después... ¡oh Dios!... ¡la muerte!

— ¿Y después?

— ¿Qué hay después?

— ¡Perder el alma!

Es la pena que aguarda al majadero  
Que, en busca de esa Babilonia a que tú aspiras

Se olvida de buscar a Dios primero,  
Ajustando a su ley todas sus miras.

¿De qué sirve lucrar el mundo entero,

Si el alma pierdes, si en pecado expiras?

— ¡Ay, basta! —el joven replicó al anciano—,

Entiendo la lección, no será en vano.

El diálogo entre el anciano y el joven resulta enormemente instructivo, a la par que evangélico. Aquí sí está presente, tanto en el título, como en el cuerpo del poema, la referencia inequívoca a Mt 16,26: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?".

He situado este poema en el apartado relativo a la moralización de la sociedad, por el hecho de que la ficción imaginativa del joven soñador va haciendo desfilar los episodios de un prometedor futuro; cada escalón del mismo constituye un paso más hacia el éxito, la fama, el bienestar, que va dejando arrumbado e inservible el escalón anterior. Una carrera de lustre, la publicidad y las aspiraciones políticas —en beneficio propio—,



la posición envidiada y envidiable, la riqueza sin tope, la vida de lujo y aventuras, el reconocimiento social del éxito público, constituyen los peldaños de esta carrera, interrumpida con reiteración por la mordedura del "¿Y después...?".

La vanidad de la vida frente a la muerte, los esfuerzos de supervivencia frente a la limitación, el objetivo de la fama frente al olvido. La metafísica y religiosa interpelación del anciano (y sabio) consigue parar los pies de este joven presuntuoso, pero no descreído, a quien la reflexión, no aguda, pero sí eficaz, le lleva a plegarse a los propósitos del poeta, Cayetano Fernández, y a través de él, a los del Evangelio, que apunta a una vida definitiva por encima de la futilidad de la presente.

No aparece por ningún lado el catecismo, aunque estén reproducidas literalmente las palabras evangélicas. Se da a entender, o se da por supuesto, que la reflexión de fondo ha de estar presente en todo proyecto de vida, y la catequesis es la que ha de velar para que el mensaje evangélico siga resonando. De ahí que nada tiene de particular el hecho de tropezar con esta poesía en las páginas de un catecismo.

#### 4. *La creación del hombre*

Englobado en este apartado también incluyo un largo poema sobre la creación del hombre, que, como puede colegirse inmediatamente es un alegato contra la evolución, contraponiendo religión y ciencia, como enemigos irreconciliables. Se debe a la pluma de Victor Manuel Lozano Díaz<sup>36</sup>, quien, desde la localidad almeriense de Cabo de Gata, era partícipe del sentimiento generalizado de repulsa frente a la supuesta evolución sin Dios.

— ¿Sabéis, amigo, que estoy  
algo así como asustado?  
— ¿Te ha salido algún fantasma?  
¿Con un muerto has tropezado?  
— No fue muerto, ni fantasma;  
ha sido un bicho muy raro  
que me tiene pensativo.  
— ¿Es un bicho? Con matarlo

terminas de pesadillas  
y de sustos.  
— ¡Sí, qué llano  
ves el remedio, caramba!  
— ¿Valor te falta?  
— No tanto,  
pero no quiero matarme.  
— Pues... ¿eres tú el bicho raro?

---

<sup>36</sup> V. M. Lozano, "Creación del hombre (Diálogo)": *Revista Catequística* 5 (1914) 167-170.

— No sé, no sé qué decirte,  
casi quisiera afirmarlo,  
y la culpa yo la tengo.

— Pero ¿qué dices? ¡canastos!,  
¿estás en tu sano juicio?  
Explícate y habla claro.

— Ya sabes que a las lecturas  
siempre fuí aficionado;  
revolviendo el otro día  
los papeles de un armario  
tropecé con un librito  
cuyo título me atrajo;  
con el afán de aprender  
fuí sus folios repasando;  
y aunque nada comprendía  
lo leí de cabo a rabo.

— Así se hace, ¡bien hecho!

— ¡Nunca lo hubiera intentado!  
¡En qué mal hora abrí el libro!  
¡Qué torpes fueron mis manos!  
Aquí tengo, buen amigo,  
un malestar que me angustia  
y me tiene anonadado.

— Quisiera saber el título  
de ese libro endiablado

— "La descendencia del hombre"

— ¿Y su autor?

— Es un tal... Carlos...

— ¿Darwin?

— El mismo.

— Prosigue,

porque ya vislumbro algo.

— Mil cosas tiene ese libro  
que no comprendo.

— ¡Es claro,

porque los niños no entienden  
el lenguaje de los sabios!

— Pero lo que sí comprendo  
y es motivo de mi espanto,  
es cuando dice que el hombre  
viene del perro y del gato,  
de los cerdos y los burros,

de las ranas y los sapos;  
que solamente es un bruto  
aunque esté perfeccionado;  
y que descende de un bicho  
su pariente más cercano.  
Que tiene (¡Jesús, qué miedo!)  
tan superlativo el rabo  
que se parece en un todo  
al mismísimo diablo.  
Por eso, mi buen amigo,  
yo no vivo ni descanso;  
por todas partes me sigue  
la sombra del bicho raro.  
Y en las personas encuentro  
motivos también de espanto,  
porque estoy ya convencido,  
estoy muy bien percatado  
que no hombres ni mujeres,  
ni muchachas ni muchachos,  
que las personas son bichos,  
aunque se vistan de raso.

— No me hables más, que com-  
prendo

lo que te pasa. ¡Qué chasco!  
Ese libro es un veneno,  
y, ya ves, te ha envenenado.  
Pero ¿la fe de qué sirve?  
¿Y por qué no te has burlado  
de esas absurdas teorías  
que denigran al cristiano?  
La culpa la tienes tú.

Haces bien en confesarlo,  
pues si existen libros buenos  
también abundan los malos;  
y éstos dañan a las almas  
como tú puedes probarlo.  
Nunca leas libro alguno  
sin haberlo consultado  
con tu confesor, ¿entiendes?

— No lo haré más

— Y veamos,

ya que el mal ha sucedido

si podemos remediarlo.

Te daré una medicina  
de felices resultados.

– Eso esperaba de tí,  
por eso busqué tu amparo.

– El veneno fue de un libro,  
pues contra-veneno al canto:  
de otro libro la triaca  
te dejará bueno y sano.  
Abre el Génesis, amigo,  
abre ese libro sagrado,  
que el mismo Dios va a enseñarte,  
el mismo Dios con sus labios  
la descendencia del hombre:

Ya que Dios había creado  
todas las cosas visibles,  
los cielos con sus encantos,  
la tierra y sus maravillas,  
animales, plantas, astros,  
sólo faltaba el monarca  
de tan grandioso palacio.  
Esa criatura es el hombre.  
De las divinales manos  
la más perfecta y sublime,  
la reina de lo creado.

Ya va a escoger el modelo  
pues se dispone a formarlo

– ¿Y qué modelo eligió?  
¿de quién va a ser el retrato?

– Del mismo Dios. ¿Qué? ¿Te  
admiras?

¿Sorprendido te has quedado?

Pues mira que Dios lo afirma  
y Dios no quiere engañarnos.

Escucha bien sus palabras:  
"Al hombre –dice– hagamos  
a imagen y semejanza  
de nuestro ser"

– ¡Cielo santo! ¡Qué grandeza  
de criatura!

– Luego toma un poco de barro,  
forma el cuerpo, y en el rostro

soplo de vida inspirando  
le infunde el alma y le adorna  
de los dones más preciados.

Velo ya rey que domina  
sobre las aves del campo,  
sobre los peces del mar,  
sobre todo lo creado.

Míralo, cual sacerdote  
eleva el himno sagrado  
de gratitud al Altísimo,  
al Artista soberano,  
en nombre de las criaturas.  
Y para que no fuera esclavo  
de los bienes de este mundo  
le da un fin mucho más alto:  
le destina para el cielo,  
para el eterno reinado.

Pero Adán estaba solo,  
y vió el Señor necesario  
el darle una compañera  
de su condición y rango.  
Adán se quedó dormido;  
entonces Dios del costado  
una costilla le extrae  
y de ella forman sus manos  
a la primera mujer  
llena de gracias y encantos;  
la entrega a Adán y les dice:  
"Creced y multiplicáos".

Este es el tronco y origen  
de todo el género humano.  
– ¡Muy bien dicho! ¿Pero el hombre  
cómo pudo ser formado  
a imagen y semejanza  
de Dios? Vaya, ¡explícate!  
porque yo no lo comprendo.

– Mucho me vas aprendando.  
Ante todo has de saber  
que sólo el Verbo increado  
es la imagen perfectísima  
de Dios Padre; por lo tanto  
la semejanza del hombre,

de que venimos hablando,  
no es perfecta. ¿Lo comprendes?

— Ahora sí, ya se ve claro.

— Ya sabes que el alma tiene  
tres dones extraordinarios,  
tres propiedades sublimes.

— ¿Cuáles son?

— ¿Lo has olvidado?

El primero es la razón,  
facultad de excelso rango  
con la que el hombre conoce  
lo verdadero y lo falso:  
la libertad con que elige  
entre lo bueno y lo malo  
libre de toda coacción  
aquello que es de su agrado.  
¿Recuerdas ya la tercera?

— Si no estoy equivocado,  
la inmortalidad

— Sí, sí,

eso es, has acertado,  
pues aunque el cuerpo perezca  
y sea manjar de gusanos,  
el alma le sobrevive,

es inmortal, y por tanto  
viene a ser como una imagen,  
como reflejo, aunque pálido,  
de la eternidad de Dios.  
¡Muy bien dicho!, ¡muy bien!, ¡bra-  
vo!,  
has dado un golpe de gracia  
a la ciencia de esos sabios  
que quieren que el hombre sea  
un mono perfeccionado.  
Reniego de antropomorfos,  
maldigo los *renacuajos*  
con que quiere el darwinismo  
a los hombres degradarnos.  
Afirmar que de un gorila  
descienda el hombre... ¡qué asco!  
Tu palabra persuasiva  
de consuelo me ha llenado  
cayendo sobre mi espíritu  
como suavísimo bálsamo.  
¿No sientes tú como orgullo  
de linaje tanpreciado,  
de tan noble descendencia  
de tan dignísimo rango?  
¡Bendito sea el cristianismo  
que nos eleva tan alto!

El poema es todo un alegato del más puro estilo apologético, en el que Darwin es ridiculizado de la manera más burda, sin ningún tipo de acercamiento o comprensión para la búsqueda de la verdad que podría encerrarse en el evolucionismo. Su doctrina está incluso mal expresada (El hombre procede de perros, gatos, ranas, sapos, gorilas, y, lo más cercano, antropomorfos), pero todo es válido para ridiculizar al adversario sin piedad. No deja de ser curioso que el interlocutor que demanda ayuda confiese no haber entendido el libro, y que su amigo e ilustrador reconozca que es un libro para sabios, pero ello no es óbice para calificarlo de "libro envenenado". De ahí dimana otro consejo: consultar al confesor antes de leer, es decir, la permanente minoría de edad de no asumir el riesgo de las propias decisiones, para estar siempre a expensas del juicio ajeno. El consejo no

es el de pedir opinión ante la duda, sino el de solicitar permiso previo para cualquier lectura, lo que obviamente no es lo mismo.

La respuesta del amigo enterado, del catequista, en definitiva, discurre por la narración bíblica literal, como no podía ser de otra manera con los criterios vigentes en 1914. Hay, incluso, una valiosísima explicación, al afirmar que si el hombre es imagen de Dios, no es posible perder de vista que la única imagen perfecta de Dios es la que se encuentra en Jesús, imagen visible del Dios invisible (Col 1,15); y que el hombre no deja de ser imagen imperfecta de Dios. Esta valiosa aportación no impide la afirmación final de que el Génesis sirve para dar el golpe de gracia a los sabios, y dar por zanjada la cuestión. El diálogo entre religión y ciencia ni se vislumbra, y la Biblia sirve para demostrar la falsedad de la ciencia.

#### IV. POESÍAS Y CANTOS CONTRA LAS ESCUELAS LAICAS

Sin que haya que tildar a la formación religiosa de situación perfecta, por lo que siempre tiene de perfectible, cuando los responsables de la misma comparan sus instituciones, medios, organismos, objetivos, etc. la peor parte, el enemigo secular es la ignorancia religiosa, y al mismo se une, especialmente en las polémicas del siglo XIX y primer tercio del XX, el de las escuelas laicas (o neutras, o denominaciones equivalentes). Curiosamente la proclamación de "neutralidad", que en principio debería llevar a una indefinición ante posturas debatidas o antitéticas, se traduce en una escasa neutralidad, pues se manifiesta en una agresividad larvada o expresa contra lo religioso. La lección, aprendida con sangre, confirmaba a toda la colectividad eclesial de la época que tal neutralidad era inexistente. Y una Iglesia, con una postura defensiva marcadísima, cuando no agresiva, no podía consentir de forma pasiva que la escuela de otro signo, la no confesional, la escuela que contradecía la formación religiosa, diera al traste con la labor llevada a cabo en la catequesis. De ahí, que surgieran expresiones contra tales escuelas. He aquí un par de ejemplos.

##### 1. *Himno escolar contra las escuelas laicas*

El primero de ellos no tiene autor conocido, y responde al título de *Himno escolar contra las escuelas laicas*<sup>37</sup>. La asignación aproximada

---

<sup>37</sup> *Himno escolar contra las escuelas laicas* (hoja volante) (Valladolid, Martín,

de año obedece al hecho de que la hoja en que figura esta poesía es la misma es que aparece el Himno del Congreso de Catequesis de Valladolid, de 1913, a la vez que otras poesías. El carácter de "himno" permite sospechar que estuviera dedicado a ser cantado; y el adjetivo de "escolar" documenta la utilización en las escuelas confesionales o no abiertamente hostiles a la Iglesia, para contrarrestar la influencia de las escuelas laicas. De hecho, la consulta de la *Crónica* del Congreso de Valladolid permite certificar la honda preocupación por el tema en los días de celebración de la asamblea. Nada tiene, pues, de extraño que en ese clima se difundiera una tan agresiva canción.

[1] El alma de los niños, flor tan bella,  
 Pretenden los impíos mancillar;  
 De Dios, que hasta su sangre dió por ella  
 La quieren insensatos apartar.

[2] Astutos en la escuela, ¡oh vil hazaña!,  
 Les tienden lazo cruel de perdición:  
 En tanto un español quede en España  
 No arrancarán su fe del Corazón.

[3] Juremos, sí, juremos  
 Por siempre combatir  
 La escuela anticristiana,  
 Y a Cristo Dios seguir.

Los "impíos" pretenden mancillar lo más sagrado, el alma de los niños. El precio de la redención se pierde ante la actuación de estos insensatos. Los mismos son calificados en la estrofa siguiente de "astutos": quizá fuera innecesaria tal calificación, ya que no es preciso ser demasiado astuto ni demasiado hábil para manipular a un niño, indefenso por sí mismo. Visto desde la óptica defensiva católica, la influencia de la escuela laica es una astucia inaceptable; visto desde la escuela laica, la actuación de la Iglesia, y en particular de la catequesis o de la escuela confesional, sería igualmente percibida como una manipulación, también inaceptable. No existe serenidad suficiente para respetar los derechos de los niños, ejercidos a través de los padres, de manera que la educación que reciban

responda al criterio libremente ejercido y expresado. Pero en momentos de exaltación el totalitarismo lleva a negar a los adversarios el pan y la sal.

Se apela al sentimiento nacionalista para provocar la reacción deseada: los españoles, en bloque, han de oponerse a la acción de las escuelas laicas. Se identifica de manera simplista la cuestión de la pertenencia a una nación y el sentimiento patriótico, con la identificación con la causa religiosa. Implícitamente se rehusa la posibilidad de que un verdadero patriota actúe de otra forma, porque ir contra la religión es ir contra la patria. La apelación al sentimiento siempre ha resultado eficaz, si bien sus consecuencias no siempre han podido ser controladas. La apelación soterrada a la agresividad y la violencia despunta en la estrofa segunda.

Esta se refuerza con el estribillo, en el que se busca con juramento (quizá repetir una canción no es el mejor clima para hablar de juramento en el sentido más propio) el combate contra la escuela anticristiana. La agresividad, aunque sea a la defensiva, no se para en consideraciones medidas.

## 2. La educación

Escrita por Aparisi<sup>38</sup>, nada he averiguado del nombre propio. Es posible que se tratara de algún alumno de la Universidad de Comillas, puesto que el libro en que el poema aparece lleva, tras el título de *Poesías Catequísticas*, el subtítulo de "coleccionadas por los Catequistas del Seminario y Universidad Pontificia de Comillas". Entre las que desfilan por sus páginas hay poesías que han sido escritas por autores de reconocida fama como Juan López de Úbeda o Lope de Vega, lo que constituye una recopilación real; pero la mayor parte llevan nombres de autores no conocidos, vates aficionados, que en ejercicios académicos con proyección hacia la catequesis que ejercían, tomaban la pluma para dar a entender sus convencimientos. Aparisi puede ser verosímilmente, uno de ellos. Su obra está constituida por el siguiente diálogo:

— Oye, niño, dame un beso.  
¿Cómo te llamas?

— Manolo.  
— ¿Dónde vas, niño tan solo?

---

<sup>38</sup> Aparisi, en *Poesías Catequísticas* (Barcelona, Luis Gili, 1915) 220-221.

- A la escuela del progreso.
- ¿Llevas libros?
  - Sí, señor.
- Gramática y manuscrito.
- ¿Y aquel libro pequeñito?
- No lo quiere el profesor.
- ¡Hola! ¿y es que vas sin catecismo?
- El nos lo puede explicar.
- ¡Vaya un modo de enseñar!
- Casi se aprende lo mismo.
- Dime: ¿qué os dice del alma?
- Que el alma está en un bolsillo.
- ¡Qué disparate, chiquillo!
- ¿Y esto lo escucháis con calma?
- ¿Sabes para qué naciste?
- Para gozar libertad.
- ¿No os habla de eternidad?
- Ni la nombra.
- Eso es muy triste.

¡Catecismo original!,  
Y ya sabrás, por lo visto,  
quién es Dios.

- Sí, Jesucristo,  
un hombre muy liberal.

- ¡Un hombre! ¡vaya un maestro!  
de gentil erudición.  
Ya os diré con perfección  
para qué sirve un capestro.  
Magisterio tan innoble  
denúncialo a tu papá.

- Mi padre sólo querrá  
que aprenda partida doble.

- ¡Magnífico sacerdocio!  
De todos lleva la palma.  
Dejó el negocio del alma  
por el alma del negocio.  
Efecto de una quimera  
cuando pierdas el candor  
también tendrás el honor  
metido en la faltriquera.

Manolo acude a la escuela del progreso. Progresistas y conservadores. Los viejos atavismos, las posturas encontradas, los tópicos inevitables con repercusiones político-religiosas, hacen acto de presencia. Manolo, el protagonista, es un niño ya inficionado por la escuela del progreso, pero lo bastante locuaz y abierto como para charlar, sin timidez y sin descaro, con su interlocutor. Acude a la escuela, pero no con las manos en los bolsillos. Sus libros (sus conocimientos y sus objetivos) son gramática y caligrafía, "manuscritos".

El diálogo se vuelve hacia el otro librito que proporciona la clave para la educación: el catecismo. A Manolo no le hace falta, ya que el maestro de la escuela progresista se lo explica oralmente. Y ante la sorpresa metodológica del personaje que habla con Manolo, ésta da una respuesta, que posiblemente ha escuchado en alguna ocasión: "Casi se aprende lo mismo". Por lo cual resulta innecesario el librito del catecismo, es un apéndice del que se puede prescindir.

La cuestión va más allá de la simple metodología, porque al pasar revista a los contenidos de la enseñanza en la escuela progresista, salen el



alma, el destino del hombre, la eternidad, y Dios: todos ellos, contenidos de inexcusable proyección catequética. Las aseveraciones del buenazo de Manolo dan fe de los resultados obtenidos: el alma es inexistente, porque si (como sucede con Dios) está en todas partes y en ninguna en concreto, podría ser encontrada en el interior del bolsillo<sup>39</sup>. La finalidad del hombre es gozar de la libertad, ideal proclamado en las consignas revolucionarias, desde la época de las de la Revolución Francesa, y rechazado visceralmente por los movimientos opuestos a los "liberales". La eternidad es la gran ausente de las enseñanzas de la escuela progresista, pues el maestro "ni la nombra"; ello lleva a clamar al interrogador: "¡Catecismo original!". Finalmente, cuando en la escuela se habla de Dios, éste no tiene más presencia que la de Jesús, "un hombre muy liberal": Jesús es despojado de su condición divina, al afirmar que es un hombre y nada más que eso. A ello se añade el bochornoso adjetivo de que es un hombre "muy liberal", lo que lleva a situar a Jesús a la cabeza de los liberales, que propugnan una redención humana de la ignorancia y la miseria, pero que desconocen cualquier otro tipo de planteamientos trascendentes. Jesús, devaluado; Dios, ausente.

El diálogo sube en tensión. Ante la posibilidad de acudir a la autoridad y supervisión de los padres de Manolo, para conseguir una educación más acorde con lo que espera el entrevistador de Manolo, éste responde que el único objetivo de sus padres (o en singular, para dejar a salvo la religiosidad de la mujer) es que se prepare para ser un hombre de provecho inmediato y palpable; todo los demás son quimeras. La conclusión es que ante las pretendidas "quimeras" de la religión y la vida eterna, la única "quimera", vana e ilusoria, es la de un pretendido honor, inconsistente.

El diálogo termina de forma aguda. No existe posibilidad de entendimiento. El niño de la escuela progresista tiene ya echada su suerte y definido su futuro, a no ser que cambie de orientación (y de escuela). La escuela del progreso carece de futuro. Ni una sola concesión a que algo se lleve a cabo de manera aceptable. El rechazo es absoluto y total, como la incomprensión de que hace gala todo el poema, en medio de las ironías que se desprenden del mismo.

---

<sup>39</sup> La afirmación, burda, era: -P. ¿Está Dios en todas partes? R. Sí; P. ¿Está también en tu bolsillo? R. Sí; P. ¡Pues sácalo!

### 3. *El sectarismo en la escuela*

Victor Manuel Lozano<sup>40</sup> es autor de esta poesía, cuyo título hace prever inmediatamente por dónde va a discurrir el intercambio de razones entre los tres niños protagonistas del diálogo: Ernesto, Diego y Manuel.

D. — Pero, chico, ¿por qué estás tan triste y tan macilento?  
¿Te aflige alguna desgracia?  
¿Es que algo te hemos hecho Manuel y yo? Porque pasas por nuestro lado ¡tan serio!  
sin decir una palabra...

M. — Ni saludarnos.

D. — Muy cierto.

E. — Con los amigos que estimo, con los amigos que quiero, ese proceder sería indigno de un noble pecho; motivos no me habéis dado para tal resentimiento. No dudo que alguna vez, sin darme cuenta de ello, dejara de saludaros, sin intención, por supuesto, falta que ahora deploro y me pesa, desde luego. Y pues sois tan indulgentes, tan cariñosos y buenos, el perdón me otorgaréis; ¿lo hacéis así, caballeros?

D. — Por mi parte perdonado.

M. — No te acuerdes más de eso.

E. — Lo esperaba, que el rencor no se anida en vuestro pecho, siempre noble y generoso y a la caridad dispuesto.

Ahora escuchad el motivo de la tristeza que tengo, tan impropia de mi edad, de mi carácter y genio.

D. — ¡Con razón decía yo: ¿pero qué tendrá Ernesto?! Antes siempre tan alegre, tan locuaz y tan risueño, y ahora callado y lloroso de sus amigos huyendo, pensativo y cabizbajo y al parecer como enfermo.

E. — Y si no se me quitara esta opresión, este peso que siento en el corazón, la fuerza del sentimiento acabará con mi vida.

D. — ¡Cielo santo!

M. — — ¡Dios eterno! pero dínos qué te ocurre, que bien sabes te queremos con toda el alma, y acaso encontraremos el medio de que cese tu aflicción.

E. — ¡Dificilillo lo creo!

D. — No importa, cuéntalo todo y a nadie se lo diremos que las penas que se ocultan y se sufren en secreto son más grandes y sensibles; pero se obtiene consuelo si se cuentan al amigo,

---

<sup>40</sup> V. M. Lozano, "El sectarismo en la escuela": *Revista Catequística* 5 (1914) 202-206.

al amigo verdadero  
 que las sieñte como propias  
 y les procura remedio.

E. — ¡Es verdad! ¡qué buenos sois!  
 Escuchadme bien atentos:  
 ¿Recordáis que un Domingo  
 que yo salí de paseo  
 os encontré conversando  
 en la calle del correo  
 con otros varios amigos  
 que ahora mismo no recuerdo?  
 Me acerqué; nos saludanos,  
 y me dijísteis: Ernesto,  
 ven con nosotros, que es hora  
 de la Doctrina, y tenemos  
 mucha prisa. Yo no quiero,  
 contesté— porque nos dice  
 en la escuela mi maestro  
 "que el Catecismo es inútil,  
 que es un vano pasatiempo,  
 propio de viejas y tontos,  
 de retrógrados y neos.  
 Que lo que importa es la ciencia  
 y que es lástima que el tiempo  
 que empleamos en plegarias,  
 en las misas y en los rezos,  
 no se gaste en aprender  
 otros mil conocimientos  
 que fomentan la cultura  
 y destruyen en los pueblos  
 ese ser desventurado  
 que se llama analfabeto".  
 Y nos castiga, si sabe  
 que visitamos los templos  
 o tratamos a los curas.

D. — ¡Qué atrocidad!  
 M. — ¡Qué maestro!...

E. — Recoraréis me dijísteis:  
 pues si a tí te enseñan eso,  
 a nosotros, buen amigo,  
 el profesor que tenemos  
 nos enseñó la Doctrina,

y que tengamos al clero  
 la veneración debida  
 por su santo ministerio.  
 Conque, ¡adiós!, tenemos prisa,  
 que el Catequista, que es bueno  
 no debe hacerse esperar  
 y debe ser el primero  
 que no falte al Catecismo;  
 si no vienes, ¡hasta luego!

M. — Eso pasó; continúa.

D. — Sigue, sigue, lo recuerdo.

E. — Os marchásteis muy alegres,  
 muy joviales y contentos.  
 Yo me quedé pensativo,  
 avergonzado y perplejo,  
 y anduve sin dirección  
 sumido en mis pensamientos.  
 Me pareció que escuchaba  
 una voz de dulce acento  
 que me invitaba a seguiros;  
 mas otra escuchaba luego,  
 desabrida y cavernosa,  
 que me crispaba los nervios:  
 "No vayas a la Doctrina,  
 obedece a tu maestro".  
 y otra vez la voz amable  
 me dijo. "¿Ves ese templo?  
 Entra en él sin dilación,  
 entra, niño, te lo ruego".

M. — Y esas voces que escuchabas  
 de tan contrarios acentos,  
 ¿de quién eran?

E. — No lo sé.

M. — No es extraño, lo comprendo,  
 dado el maestro que te educa,  
 pero ¿tú quieres saberlo?

E. — ¡Por qué no, querido amigo!

M. — Pues escucha bien, Ernesto:  
 aquella voz agradable  
 como chasquido de un beso,  
 como arrullos de paloma,  
 como rumor de arroyuelo,

tan dulce, tan atractiva,  
 que te llenó de embeleso,  
 era la voz de tu ángel.  
 Era la voz de los cielos;  
 era Dios que te llamaba  
 de misericordia lleno  
 para enseñarte su ley,  
 para hacerte niño bueno.  
 Y aquella voz espantosa  
 como el fragor de los truenos,  
 como el ruido del ciclón,  
 como el silbido del cierzo,  
 que te inundó de congoja,  
 que te causó mucho miedo,  
 era la voz del diablo;  
 era la voz del infierno  
 que te apartaba de Cristo,  
 nuestro amigo verdadero,  
 para hacerte desgraciado,  
 para quitarte el consuelo  
 que nos da la Religión  
 en este triste destierro;  
 para robarte la fe  
 y convertirte en incrédulo.

E. — No lo dudo

D. — Pero sigue  
 que nos tienes en suspenso.

E. — Aquella voz cariñosa  
 que Manuel llama del cielo  
 pudo más que su contraria  
 y con ánimo resuelto  
 entré en la iglesia, y os digo  
 que pasé un rato muy bueno.  
 Desde un rincón os veía  
 enseñando a los pequeños  
 a signar y santiguarse  
 y a rezar el padrenuestro.  
 Me llené de admiración  
 y de pena, os lo confieso,  
 por no estar a vuestro lado,  
 con vosotros aprendiendo  
 aquellos cantos tan lindos

y aquellos sabios ejemplos  
 que contaba el señor cura.  
 ¡Cuánto reí con el cuento...!  
 Terminado el catecismo  
 salí a la calle, temiendo  
 me viera alguno, y entonces...

D. — ¡Que te ahorcaban por lo me-  
 nos!

M. — No le interrumpas ahora.

E. — Esas son cosas de Diego.

¿Y qué diréis que pasó?

D. — ¿Que algunos niños te vieron  
 y en la escuela lo contaron?

E. — Fue más notable el suceso:

¡¡Que en la puerta de la iglesia  
 tropecé con mi maestro!!

M. — ¡Qué sorpresa!

D. — ¡Vaya un chasco!

M. — ¡Tiene gracia!

D. — ¡Yo me alegro!

E. — Pues yo sólo al recordarlo  
 se me erizan los cabellos.

Me quedé petrificado,  
 sin palabras, sin aliento.

"De dónde vienes? — me dijo

con rostro airado y severo —.

¿Así respetas mis órdenes?

¿así guardas mis consejos?

Vete enseguida, y mañana  
 una cuenta ajustaremos".

D. — ¿Y la cuenta te ajustó  
 el pedagogo moderno  
 luego que fuiste a la escuela?

E. — ¡Y bien estrecha, por cierto...!

Desde entonces me persigue  
 y me trata con desprecio,  
 me dice beato, curiana,  
 que huele a cera e incienso;  
 y los niños me rechiflan,  
 y me dicen improperios  
 hasta que me hacen llorar.  
 Si en la calle los encuentro

me tiran piedras, y en tanto  
ni yo como, ni yo duermo.  
A la escuela le he cobrado  
repugnancia y hasta miedo,  
y mi padre se ha enterado  
de que a veces paso el tiempo  
entretenido en las calles  
por no entrar en el colegio,  
y me da rucias palizas  
y unos castigos tremendos.  
Por eso me veis tan triste,  
por eso me veis tan serio.  
Porque todos me persiguen,  
porque cariño no encuentro,  
en la calle los insultos,  
en la escuela los desprecios,  
en mi casa los castigos.

¿A dónde voy? ¡santo cielo!

M. — ¿Sabes a dónde? A la iglesia,  
al rincón del templo,  
donde dices que pasaste  
aquel rato tan contento.

D. — No vayas más a esa escuela,  
sentina de aires infectos,  
pues donde a Dios no se adora,  
y se le ultraja sin miedo,  
y se mira su doctrina  
con la burla y el desprecio,  
es un lugar maledecido,  
es sucursal del infierno.  
Que donde Cristo no reina  
el demonio empuña el cetro;  
y el católico no debe  
penetrar en esos centros  
donde se ofende a su Dios  
y a la Reina de los Cielos;  
do se injuria al sacerdote,  
digno de amor y respeto  
por su sagrado carácter,  
por la misión que en el pueblo  
ejerce en nombre de Cristo;  
donde sufren detrimento

las católicas creencias,  
los más caros sentimientos.  
No te acobardes, amigo.  
Sigue mis pobres consejos  
si quieres que la alegría  
vuelva otra vez a tu pecho.

E. — ¿Y qué he de hacer? Dirigidme,  
porque yo solo no acierto.

M. — Contarlo todo a tus padres,  
y tus padres que son buenos  
te librarán de las garras  
de la impiedad del maestro  
sacándote de la escuela  
donde padeces sin cuento  
afrentas, burlas, sonrojos,  
insultos y menosprecios.

D. — Que se vaya enhoramala  
con su sectarismo necio,  
y sus métodos pomposos,  
de cuya ciencia reniego;  
que el corazón no se educa  
con romboides, ni poliedros,  
ni con números quebrados,  
ni con números enteros,  
ni con mapas, ni metales  
ni otros mil conocimientos,  
propios, sí, para ilustrar  
al humano entendimiento  
que busca con ansia noble  
de la ciencia los destellos.  
La voluntad no se lleva  
por los honrados senderos  
con problemas matemáticos,  
ni con trabajos geométricos;  
pues yo sé de hombres muy sabios  
que en virtud están a cero.  
La voluntad se dirige  
y el corazón se hace bueno  
con la santa Religión,  
con los santos Sacramentos,  
con la Doctrina Cristiana,  
con la Salve, con el Credo,

con las bienaventuranzas,  
con los santos mandamientos.

Se educa explicando al niño  
ese magnífico texto  
que le enseña sus deberes  
y contiene los preceptos  
a que deben ajustarse  
sus obras y pensamientos.  
Se educa enseñando al niño  
de la virtud los secretos,  
a rezar y confesarse  
porque éste sólo es el medio  
de limpiar nuestra conciencia  
de pecados y defectos.  
Se educa llevando al niño  
a que se humille en el templo,  
para que asista devoto  
a los divinos misterios.  
Se educa, llevando al niño  
a que reciba en su pecho  
la sagrada comunión,  
de las virtudes venero.  
Y así se cumplen las ansias,  
así se cumple el deseo  
del divino Redentor,  
cuando dice en su Evangelio:  
"Dejad que el niño inocente  
se acerque a mí"

E. — ¡Muy bien, Diego!

D. — Y en sus almas candorosas  
el profesor va esculpiendo  
el temor santo de Dios  
de donde brota el respeto  
que ha de tener a sus padres,  
sacerdotes y maestros.

M. — Vente pronto con nosotros  
a nuestro mismo Colegio,  
y verás qué diferencia  
y qué cambio tan completo.

E. — ¿Y si mi padre no quiere?

M. — Sí querrá, te lo prometo.

A tu padre contaremos

las hazañas repugnantes  
de ese pobre majadero.

Y tu padre, que es creyente,  
y te quiere con extremo,  
¿permitirá que su hijo  
se lo eduquen los incrédulos?

E. — ¡Hacedlo pronto, por Dios,  
con lágrimas os lo ruego!

D. — Yo te aseguro que en breve  
cesarán tus sufrimientos.

M. — Y el día que te despidas  
de ese profesor inepto,  
le dirás que el Catecismo,  
preciosísimo compendio  
de la Doctrina Cristiana,  
aunque lo ves tan pequeño,  
es un libro colosal,  
de ciencia y virtudes lleno.  
Libro mágico y sublime  
que estudiar todos debemos,  
para aprender a ser santos.  
para aprender a ser buenos.  
Que la razón nos demuestra,  
y en la experiencia aprendemos  
que educar sin Religión  
es formar hombres sin freno,  
sin temor, sin esperanza;  
es hacer al hombre fiero;  
es preparar candidatos  
a los viciosos excesos;  
es derramar en el alma  
odio profundo, inmenso  
a todo lo que es virtud,  
a lo santo y lo perfecto;  
es llevar a la barbarie  
a los hombres y a los pueblos;  
es quitar a las costumbres  
la moral y su modelo;  
es incubar lentamente  
hecatombes y siniestros,  
destruyendo la armonía,  
socavando los cimientos

de la humana sociedad;  
 es borrar el Evangelio,  
 es volver al paganismo,  
 es impedir el progreso.

D. — ¡Muy bien, Manuel! Yo quisiera

que te oyeran los incrédulos  
 para ver qué contestaban  
 a tan sabios argumentos.

M. — Y le dices que la España  
 de los beatos y neos,  
 la de los Reyes Católicos,  
 la de cristianos guerreros,  
 la que en Lepanto y las Navas  
 venció a turcos y agarenos,  
 la que derramó su sangre  
 su Religión defendiendo,  
 la que llevó al Nuevo Mundo

la cruz bendita de Cristo  
 y la luz del Evangelio,  
 la España de San Ignacio,  
 la de Pelayo y Cisneros...  
 maldice con toda el alma,  
 mira con asco y desprecio  
 esas escuelas sin Dios  
 do se fabrica el ateo;  
 almacén de indiferentes,  
 de anarquistas semillero,  
 arsenal de los impíos  
 materialistas y escépticos;  
 donde se forman Morrales  
 de dinamita repletos,  
 que llevan luego a la Patria  
 horas de luto y de duelo.

D. — ¡Viva la escuela cristiana!

M. — ¡Viva al saber y el progreso  
 que se basa en la doctrina  
 del mejor de los maestros!

E. — Gracias, amigos del alma  
 por el bien que me habéis hecho,  
 y en prueba de gratitud,  
 ¡un abrazo, compañeros!

A la vista de las respectivas descripciones, la polémica, por no hablar del ataque directo, estaba servido. Ciertamente que eran tiempos no cómodos, y que conceptos como el respeto y la tolerancia aún estaban ausentes de una sensibilidad generalizada. Pero es claro el maniqueísmo atroz que subyace a toda la composición. Una escuela es modelo pleno y total de virtudes y aciertos, mientras que la otra es el compendio de todas las abyecciones imaginables. Se comprende semejante postura, situando la composición en su momento, a comienzos de siglo. Y se entiende también que, educados en un clima de recelo y hostilidad, los católicos no fueran precisamente los más proclives al diálogo, o a las tentativas de comprensión. Es posible que se supiese y se viviese un honesto convencimiento cristiano, sentido con absoluta sinceridad; pero también es preciso reconocer que se crecía en el recelo, en la animadversión. No hay demasiado problema en recurrir a los epítetos, para ensalzar a unos y denostar a otros hasta el insulto. Clima de hostilidad e inseguridad, que posibilita

estas demostraciones, y a la vez contribuye a que se distancien aún más las posturas encontradas.

#### 4. *Dos escuelas*

En la misma línea, más breve, no escenificado, ni tan significado por el empleo de adjetivos, es el poema de Pedro Gobernado<sup>41</sup>, que describe con rapidez dos escuelas enfrentadas, dos estilos de educados, dos concepciones de la vida:

Alzabanse cierto día  
discutiendo frente a frente  
dos escuelas, la creyente  
y la demagoga impía.

Esta, yo enseño, —decía—  
la moral sin Religión,  
la ciencia de la razón  
que cifra sus ideales  
en los goces materiales  
de la vida y su expansión

No: la vida es algo más,  
—dijo la escuela cristiana—;  
reflexiona bien, hermana,  
y al fin te convecerás.

Tú caminas hacia atrás  
pues que de tu Dios te alejas,  
y aunque tu impiedad reflejas,  
contéstame de buen modo:  
si a la materia das todo,  
al espíritu, ¿qué dejas?

— Del orden espiritual  
yo la quimera rechazo  
y solamente me abrazo  
con la vida material.

— Pues tu mezquino ideal  
no ofrece ningún consuelo;  
alzas en vano tu vuelo  
por declararme la guerra,  
¡tú vas mirando a la tierra,  
y yo voy mirando al cielo!

El enfrentamiento es menos rígido; se refleja en una doble posición, aunque tenga visos de diálogo entre ambas partes (ficticio, por supuesto, para hacer posible el avance de la composición) El que no existan expresiones hirientes, como ocurría en anteriores poesías no quiere decir que se pueda hablar de entendimiento. Cabría pensar simplemente en un punto último, en que las posturas están perfectamente perfiladas, y en el que no cabe gastar tiempo o energías en un diálogo inoperante. Cada escuela camina por su lado.

---

<sup>41</sup> P. Gobernado, "Dos escuelas": *Revista Catequística* 1 (1910) 10-11.



## V. POEMAS MISIONALES

He seleccionado un par de poemas misionales entre otros muchos. No es posible olvidar que están escritos con un mentalidad claramente preconiliar, en la que no están presentes los valores evangélicos existentes en otras religiones; no cabe la posibilidad de diálogo interreligioso; el concepto de "misión" va unido al de "salvación" y "civilización". Y como la misión la llevan a cabo los países europeos, católicos, es evidente que éstos son los portadores de la civilización y de la salvación.

1. *Los niños de la China a los niños cristianos*

Carece de autor. Aparece en un folleto monográfico integrado por canciones y poemas de tipología misional <sup>42</sup>:

[1] Los que de madre el sin par  
cariño  
Siempre gozásteis, oídos dad  
A los clamores de tanto niño  
Que en China llora su orfandad;  
!De nosotros tened piedad:  
Socorrednos por caridad!

[2] Niño cristiano, bendice el Cielo  
Por saber qué es amor maternal;  
Nuestras madres tan gran consuelo  
Nos negaron por crueldad:  
¡De nosotros tened piedad;  
Socorrednos por caridad!

En China todos los niños están sometidos, sin excepción, a la más absoluta crueldad y abandono, a juzgar por la letra del poema. No se admiten situaciones intermedias, que podrían poner en entredicho el clamor que se cierra con los dos últimos versos de cada una de las estrofas. El mensaje, simple, está prácticamente repetido, porque la carencia de amor materno lleva a los niños chinos a volver sus ojos a Occidente: en él contemplan a los afortunados niños cristianos, que tienen la dicha —también todos, sin excepción— de disfrutar del cariño maternal. La desigualdad entre unos y otros no se concreta en formas determinadas. Pero a juzgar por los acentos misionales de la época preconiliar, en que se redactó el poema, se canalizaría por medio de una limosna que permi-

---

<sup>42</sup> "Los niños de la China a los niños cristianos", en Delegación Hispano-Americana, *Cánticos de la Santa Infancia. Letrillas* (Vitoria, Montepío Diocesano, s.a.).

tiera arbitrar medios para que las misiones pudieran llevar adelante su labor humanizadora y evangelizadora. De esta forma, la carencia de amor maternal estaría compensada, con creces, con el acceso al mensaje cristiano, que no resulta especificado en las líneas precedentes.

## 2. *Al niño cristiano*

La misma situación registrada para la poesía anterior hay que hacer constar en la presente: carencia de nombre de autor; idéntico lugar de publicación<sup>43</sup>.

[1] Pequeña grey avanza sin temor,  
Un nuevo reino se extiende ante tí:  
A conquistarle vuela con ardor  
Oye los ayes que llegan de allí.

[2] Allí en las calles te espera tendido  
El pobre niño que anoche nació  
Sus tristes ayes, si hoy te han conmovido  
Al Cielo eleva ferviente oración  
Y de él serás, cual Jesús, salvador.

[3] De tierna madre el cariño en  
España  
Meció la cuna de vuestra niñez,  
Y allá en la China mil padres sin  
entraña  
A los pobres niños dan muerte cruel  
Niño cristiano protege al infiel.

La proyección misionera militante está más nítida en esta segunda poesía. En ella se invita a la acción, aunque ésta no pueda pasar, para los niños, del compromiso de la limosna. No obstante, a través de ella, se convierten en "salvadores", cual Jesús, aunque la limosna no aparezca nombrada de manera expresa. La poesía es un lamento directo que, procedente de China, llega a oídos de los niños cristianos: ellos disfrutaban del amor maternal, y tienen la fortuna de ser cristianos.

Su oración (ésta, sí, expresamente nombrada) junto con la limosna harán posible librar de la muerte a numerosos niños, cuyos padres se desentienden de ellos. Junto a la contribución a la salvación de la vida material, la satisfacción de hacer viable la salvación de la vida eterna convierte a estos niños en héroes salvadores. El niño cristiano protege al niño infiel.

---

<sup>43</sup> *Al niño cristiano*, en Delegación Hispano-Americana, *Cánticos de la Santa Infancia*. Letrillas (Vitoria, Montepío Diocesano, s.a.).

Lo cierto es que éste poema, como el anterior, son un reflejo de una época y un modo de concebir las misiones como la forma de presencia civilizadora en un mundo carente de civilización. Por descontado, la única civilización válida era la cristiana.

## VI. CONTENIDOS CATEQUÉTICOS EN CANTOS

Este último apartado está constituido por una serie variada de poesías, cuyo denominador común es de presentar, más o menos completo, el mensaje y el contenido catequético convencional a lo largo de las estrofas de los mismos. Podrían haber tenido cabida los "catecismos en verso", de varios autores, pero es evidente que aquí no he tratado de recoger este tipo de información, la cual procura ser todo lo completa como lo permite un catecismo.

He dejado de lado esos poemas, largos en exceso, para fijarme en otros que incorporan tan sólo algunos aspectos de los contenidos catequéticos, con un cierto orden, haciendo unos subrayados peculiares para resaltar una determinada expresión, recorriendo lo que se podría llamar una síntesis a vista de pájaro, o recordando las obligaciones más notables derivadas del cumplimiento de los mandamientos.

La variedad es notable.

### 1. *Piaccia a Dio ch'andiamo al cielo*

Mientras no aparezcan otros datos, parece que ha de asignarse la autoría de estos versos a Diego de Ledesma: aparecen al final de su escrito catequético<sup>44</sup>. El hecho de que estén escritos en italiano no tiene nada de especial, desde el momento en que Diego de Ledesma vivió la mayor parte de su vida en Italia, y allí desarrolló su actividad. A diferencia de la composición anterior, (*Oídnos, vos*, en el título castellano) de ésta no me consta lugar alguno en que aparezcan tales versos en versión original castellana. Y mientras esto no suceda, hay que asignarlos a Ledesma, en calidad de autor de los mismos. Son los siguientes:

---

<sup>44</sup> Diego de Ledesma, *Modo d'insegnarre la dottrina...* ms., c. 1571, A.H.S.I., *Inst.* 109, f. 174v.

Piaccia à Dio ch'andiamo al cielo  
Piaccia à Dio ch'andiamo là.

[1] Piaccia al Padre celestiale  
di quardarci d'ogni male  
Poi che fà si liberale  
In darci il suo figliolo qua.  
    Piaccia a Dio, etc.

[2] Piaccia àl Signore de Signori  
D'ascoltar nostri clamori  
Et levar da noi li cruori  
Ch'abbraccia (?) il mondo ha.  
    Piaccia etc.

[3] Piaccia al suo figliolo Christo  
Poi che in croce è stato visto  
Guardarei dal mondo tristo  
Accio andiamo don'egli stà.  
    Piaccia

[4] Piaccia a lo Spirito Santo  
Convertir il nostro (?) pianto  
In quel almo e dulce canto  
Che nel cielo sempre sarà.  
    Piaccia

[5] Piaccia all'alta Trinità  
Mi donarei carità  
Per fuggir l'iniquità  
quel fin lore inanti và (?)  
    Piaccia

[6] Piaccia alla vergine Maria  
Farci sempre compagnia  
Che se ci face la via  
Mal nessun si perderà.  
    Piaccia

[7] Piaccia alla corte di santi  
di pregar per tutti quanti  
presentando i nostri canti  
alla Santa Trinità.  
    *[Piaccia]*

Il cor, la lingua, i sensi  
Guardar multo convenienti  
Et il bene che fai  
fario meglio che sai  
Patir assai  
et non dir basta mai.

La composición completa consta de un estribillo, el cual constituye el motivo de fondo de cada una de las cuartetas; en ellas los tres primeros versos comparten la rima, para dejar libre el cuarto verso, que rima con el estribillo repetido. A modo de conclusión, tres pareados ponen fin a la recitación (¿o al canto?) de la reflexión catequética.

En ella preside como tema de fondo la aceptación de la voluntad de Dios ("Piaccia a Dio"), tan similar a la expresión castellana medieval "plega a Dios". Tal aceptación de la voluntad divina se constituye en la expresión del deseo, por parte del creyente, de modo que cumpliendo la voluntad de Dios llegue al cielo, y desde ahora se encamine en esa dirección.

A lo largo de las siete estrofas hace un recorrido por una serie de aspectos catequéticos, con un corte trinitario muy marcado: las cuatro primeras invocan a las diversas personas de la Trinidad, y la quinta refuerza la invocación anterior, remitiendo expresamente a la Trinidad

santa; las estrofas 6<sup>a</sup> y 7<sup>a</sup>, jerarquizadas adecuadamente en último lugar, invocan también a la Virgen y a los santos, como ayudas para que el creyente pueda llevar a cabo la voluntad de Dios (los santos serán los encargados de presentar las súplicas humanas a la Trinidad Santa, reforzando la intencionalidad trinitaria).

Hay, sin embargo, una expresión ambigua, la contenida en la 2<sup>a</sup> estrofa, que invoca al Señor de los Señores ("al Signore de Signori"), cuyo verdadero alcance no está tan claro. Efectivamente, Dt 10,17 deja muy claro el atributo divino, pleno de majestad: "no endurezcáis más vuestra cerviz, porque Yahveh, vuestro Dios, es el Dios de los Dioses y el Señor de los señores, el Dios grande, poderoso y temible..."; lo mismo hace el Sal 50,1, que enuncia la expresión dirigida a Dios, en general, en el sentido monoteísta del Antiguo Testamento: "El Dios de los Dioses, Yahveh, habla y convoca la tierra"; otro tanto aparece en el Sal 136,2-3: "Dad gracias al Dios de los Dioses, porque es eterno su amor; dad gracias al Señor de los Señores, porque es eterno su amor". En cambio, en el Nuevo Testamento, el nuevo giro de la revelación lleva a personalizar esta afirmación en Jesús, el Cordero, opositor de la Bestia y de la Ramera: "Estos harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Señor de Señores, y Rey de Reyes, los vencerá". No existe, de fondo, conflicto entre una u otra asignación, pues en nada atentan contra la divinidad en el sentido cristiano más ortodoxo, aunque subsista una duda literaria en cuanto al alcance real que el autor de los versos quiso asignarles. En el supuesto caso de que esta estrofa 2<sup>a</sup> hubiera estado colocada en cuarto lugar, no había dificultad en asignar a la expresión el sentido cristológico más concreto; pero el hecho de estar situada precisamente en este lugar, entre la primera estrofa —centrada en Dios Padre— y la tercera —centrada en el Hijo, Jesús— hace que la ambigüedad literaria quede aún más marcada.

Como un vestigio de la composición anterior, con la que le une sobre todo el estribillo, he encontrado una muestra, cuya datación y autoría no es posible desvelar. Aparece en la edición mallorquina de la *Doctrina Christiana*, de Diego de Ledesma<sup>45</sup> pero es claro que todo lo que incluye tal edición, de 1686, no puede ser asignado sin más a Diego de Ledesma, del cual es el catecismo, y éste incluso ha sido retocado; el resto de

---

<sup>45</sup> Diego de Ledesma, "La lletania en cobla", en *Doctrina christiana a manera de diálogo entre el Mestre y lo Dexeble* (Mallorca, Viuda Guasp., 1686) 98-99.

los materiales complementarios que aparecen en dicha edición ni siquiera se puede sospechar que tengan que ver en todos los casos con Diego de Ledesma. La edición — como tantas otras, constituye un fondo de aluvión al que han ido a parar una serie de materiales de las más variadas procedencias. Entre dichos materiales está "La lletania en cobla":

## 2. *La lletania en cobla*

Placia a Deu que anem á la gloria  
placia a Deu, que tots hi anem.

[1] Placia à Deu, ques infinit,  
Pare, Fill, Sant Esperit,  
ajudaunos dia, y nit.  
pera que tots nos salvem, etc.

[2] Placia a la Verge Maria,  
que ella ens sia vera guia,  
fins estar en compaña,  
de son fill, y quel gozem, etc.

[3] Placia als Chors Angelicals  
pregar à Deu, que de mals  
ell nos guarde, y fase tals  
que ab ells tostemps lo lloem, etc.

[4] Placia ais Apostoles triumphants,  
y als Evangelistes Sants,  
procurarnos lo descans,  
que ya mes apres perdem, etc.

[5] Placia als Martyrs, y Doctors  
y gloriosos Confessors,  
ser nostres intercessors,  
perque tots al Cel anem, etc.

[6] Placia les Verges prudents,  
alcansarnos aquells bens,  
que Deu dona als seus sirvents,  
ab que sempre li agradem, etc.

[7] Placia a tots los Sants, y Santes  
pregar per aquelles plantes,  
que les fasse Deu tan Santes,  
que en lo Cel tresplantem, etc.

A diferencia de su precedente, esta súplica versificada tiene el sentido de verdadera letania en que va invocando a diversos colectivos de santos para que ayuden al creyente a llegar al cielo. Este es el tema de fondo, en el cual coincide el estribillo con el mensaje de la versificación anteriormente examinada. La invocación a la Trinidad está presente en la primera estrofa, y a partir de la segunda, son la Virgen Maria y otros santos los invocados para que ayuden al creyente.

La comparación entre ambas composiciones no permite arrojar más equivalencias, y el resultado obligado es el de afirmar que se trata de otra versificación distinta, con un leve parecido con la original de Diego de Ledesma, "Piaccia à Dio ch'andiamo al cielo...".

### 3. *Canción que cantarán los niños al salir de la escuela*

No es posible saber el nombre del autor de los versos. La composición aparece en un catecismo de Astete, de 1884<sup>46</sup> pero es notorio que no se puede asignar al nombre del jesuita que aparece al frente de la obra.

[1] Mira, niño, que te aviso  
que a Dios sirvas y le ames  
que guardes sus mandamientos  
y de ellos nunca te apartes.

[2] Que aborrezcas el pecado,  
el mayor mal de los males  
pues conduce a los abismos  
a los míseros mortales.

[3] Ama al rey y a sus ministros  
respeto y honra a tus padres  
obedece a los mayores,  
y con todos fue afable (*sic*).

[4] Sé dócil a tu maestro:  
cumple bien cuanto te mande  
oye humilde sus consejos  
y ámale porque te ama.

[5] Sé constante en el estudio  
para que la ciencia alcances  
porque nos trae muchos bienes  
y libra de muchos males.

[6] Ama y procura el trabajo  
de la ociosidad te apartes,  
que el ocioso y holgazán  
siempre viven miserables.

[7] Busca la sabiduría,  
hasta hallarla no te pares  
porque es el mayor tesoro  
que en la tierra puede darse.

[8] Huye de malos amigos  
de compañías fatales,  
que quien se arrima al carbón  
mira que tiznado sale.

[9] Busca para tus amigos  
virtuosos y leales  
y aprenderás sus virtudes  
si procuras imitarles.

Es claro el recorrido que la presente canción hace por los aspectos más notables que señalan los mandamientos. Su forma de "canción" señala de forma clara su uso, además del momento preciso: "al salir de la escuela". Es, por tanto, una canción de uso escolar, que sirve como recordatorio de las más importantes obligaciones de los mandamientos.

---

<sup>46</sup> "Canción que cantarán los niños al salir de la escuela", en Astete, *Catecismo de la doctrina cristiana* (Valladolid, Leonardo Miñón, 1884) 64; también aparece en Astete, *Catecismo de la doctrina cristiana* (Valladolid, Hijos de J. Pastor, 1895) 62-63, con la particularidad de que cambia el primer verso de la tercera estrofa por: "Rinde culto a la justicia...".

La estrofa primera se polariza en Dios, y las obligaciones para con él. La estrofa 2ª aborda el pecado, en general, que podría aplicarse al incumplimiento de cualquiera de las obligaciones de todas las demás estrofas. El tono regalista de la 3ª estrofa ("ama al rey y a sus ministros..."), se ha modificado por otra expresión que conserva el metro: "Rinde culto a la justicia...". De esta forma se dejan a un lado las aspiraciones monárquicas de la primera versión, y se opta por otra, que, al no hacer alusión concreta, puede seguir siendo válida para emplearse en cualquier circunstancia.

La estrofa 4ª deja sentados los deberes hacia los maestros, muy propios de una canción de uso escolar; lo mismo que la estrofa 5ª, referida al estudio como la más importante obligación de la edad escolar. Ampliando un poco las miras, y conociendo el autor anónimo de la rápida incorporación de los niños al mundo del trabajo, la estrofa 6ª señala la forma de cumplir con esta responsabilidad. La estrofa siguiente, la 7ª, se polariza en la sabiduría, válida para cualquier situación. Y, finalmente, las dos últimas, se centran en los amigos, como circunstancias de notable peso para observar la práctica de los mandamientos de la Ley de Dios.

Ni están presente en los versos todos los mandamientos, ni todas las obligaciones; ni siquiera las que podrían tener una mayor incidencia en la vida infantil de los muchachos de la escuela. Es una selección aleatoria de lo que al autor le ha parecido debía ser más encarecido.

#### 4. *Cántico de los niños*

El autor de esta composición es Enrique de Ossó<sup>47</sup>. Es sabido que su actuación catequética en Tortosa no estuvo exenta de tensiones. En pleno auge liberal, tras la revolución de septiembre de 1868, y con conflictos sociales generalizados, Ossó optó por la regeneración social a través de la formación y de la catequesis. En un ambiente tenso, sabedor de ser apreciado por la mayor parte de las personas por el espíritu caritativo y social que presidía toda su actuación, no tenía inconveniente en salir al frente de una procesión de niños, cantando por las calles una canción, un *Cántico de los niños*, que era a la vez invitación y repaso de lo más notable de la doctrina. Con este *Cántico* no pretendía provocar, sino

---

<sup>47</sup> Enrique de Ossó, "Cántico de los niños", en *Guía práctica del catequista* (Barcelona, Imp. Teresiana, 1906) 314.



invitar a una regeneración de toda una sociedad resentida por los conflictos sociales y políticos, con inevitable repercusión en lo religioso. De una catequesis organizada dependía el éxito de una alteración de los esquemas sociales. Este *Cántico* es buena muestra de su sentir.

[1] Ya soy cristiano,  
Niños, exclamad;  
Católico soy  
Con toda verdad;  
Decid esto mismo  
Conmigo, y cantad:  
*Que viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[2] Libre sea España  
De la impiedad;  
¡Oh, Reina del Cielo!  
Venid y salvad;  
Viva nuestro Papa,  
Viva la unidad,  
*Y viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[3] Creo en tres personas  
Santa Trinidad.  
Y todas iguales  
En Dios <sup>4</sup>unidad;  
El mundo han creado  
Por su gran bondad;  
*Pues viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[4] El Verbo divino  
Nos ha rescatado  
En la cruz muriendo  
Por nuestro pecado;  
Amemos, pues, todos  
Tan gran caridad  
*Y viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[5] Espíritu Santo,  
Vos con nuestros dones

Dais la luz y la calma  
A los corazones;  
Ea, pues, el mío  
Vos purificad;  
*Y viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[6] Viva la tiara  
Del Pontificado,  
De sectas el Papa  
Siempre ha triunfado;  
Roma, tierra santa  
De luz y verdad,  
*Pues viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[7] Las lenguas blasfemas  
Vos, María, atad,  
Mas a nuestros ruegos  
Oídos prestad;  
De escritos de herejes  
Vos nos preservad;  
*Y viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[8] A Vos suplicamos  
Clemente María,  
Libres nos veamos  
De la tiranía;  
Paz a ti pedimos  
Y santa unidad,  
*Que viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[9] Que conozcan todos  
A Dios uno y trino,  
Adorando juntos  
A tu Hijo divino;

Una fe en el mundo,  
 Una caridad,  
*Que viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

[10] Una santa muerte,  
 De ti ya esperamos.

¡Oh Virgen potente!  
 No más deseamos;  
 Lo del mundo pasa,  
 Todo es vanidad;  
*Pues viva la Iglesia*  
*Con su libertad.*

No es arriesgado comenzar el análisis por el estribillo que cierra cada una de las estrofas: "Viva la Iglesia con su libertad". Podría sonar a soflama y a verdadera provocación, si no fuera por los apuntes anteriormente esbozados, con arreglo a los cuales Enrique de Ossó no albergaba intención alguna de tornar aún mas explosivo un clima de por si tenso. Pero es claro que tampoco se mordía la lengua, al proclamar, por boca de los niños, que la genuina libertad no estaba en las proposiciones liberales, o en la declaración de la República, sino en adecuarse al espíritu de la Iglesia. La Iglesia, con su libertad, contrapuesta a la libertad de los progresistas y librepensadores. Una Iglesia sumida de lleno en todos los conflictos del pasado siglo, y que asumía un papel beligerante, aunque no siempre quisiera hacerlo así, ni añadir leña al fuego encendido.

La proclamación de la condición de cristiano (estrofa 1ª) no está vinculada en el *Cántico* al hecho salvador del bautismo, o a la autocomprensión gozosa de la condición de hijo de Dios. El niño cristiano de la estrofa, el niño católico, es aquél que acepta las condiciones de la Iglesia, y por lo mismo rechaza de plano a todos sus adversarios. El texto no invita a la exasperación, pero la identificación católica comporta la exclusión de todas las fuerzas hostiles.

La libertad que desea para España (causa nacionalista, aliada con causa religiosa) es la libertad propugnada por la Iglesia. El Papa —el Papa Rey— despojado de sus Estados Pontificios, pero revestido de la autoridad sagrada de la infalibilidad, que sólo él podía tener entre todos los soberanos de la tierra, generaba una aureola de prestigio espiritual y temporal, que aglutinaba en la unidad (estrofa 2ª). Sin embargo, dicha unidad no era primariamente la unidad de la fe (que ni siquiera se discutía entre los fieles hijos de la Iglesia), ni tampoco era la búsqueda de la unidad deseada por Cristo para todos sus seguidores (el ecumenismo no había nacido), sino fundamentalmente la unidad defensiva de quien forma una piña ante los ataques y los errores. El Papa como garantía de la unidad de la causa católica, a la que estaban convocados todos los miembros de la Iglesia.

Las estrofas 3ª a 5ª hacen un repaso al dogma trinitario, invocando a cada una de las tres personas por el atributo más común. Ello no obsta para que el contenido catequético de las respectivas estrofas se arrime a la proclama del repetido estribillo. Casi en la misma línea hay que situar la estrofa siguiente, la 6ª, que entronca por una parte con el contenido catequético de la afirmación católica de una Iglesia, constituida y querida por Jesús; por otra parte, vuelve a estar presente el tema de fondo ya presentado en el estribillo, así como en la estrofa 1ª. El Papa es presentado como vencedor de las sectas, entendiéndose tal expresión no por las agrupaciones de dudosa índole religiosa que entonces estaban en desarrollo, sino por las tendencias políticas sociales hostiles, enemigas o ajenas a la Iglesia (socialismo, comunismo, panteísmo, liberalismo...). La infalibilidad, percibida casi como un don personal, aparece al afirmar que Roma es "tierra santa de luz y verdad". De Roma no puede venir ni el pecado, ni la sombra, ni la duda. Parece que admitirlo equivaldría a desvirtuar el dogma.

La estrofa 7ª inaugura una oración en cadena, que se desarrolla desde ésta, hasta la estrofa 10ª. La Virgen es objeto de invocación filial (sirve también de repaso de contenidos catequéticos) pues ella es capaz de librar de "escritos de herejes" (estrofa 7ª), "de la tiranía" (estrofa 8ª), de la falta de fe en el mundo (estrofa 9ª), y de una mala muerte (estrofa 10ª). No deja de resultar llamativo que en todo el *Cántico*, la oración se dirige a María, y no a Dios mismo.

Ossó desvela que es plenamente hijo de su tiempo, que vehicula sus preocupaciones catequéticas en una organización de índole local y, en cierto modo, diocesana, por la cual se desvivió con todo coraje. Su *Cántico* constituye un botón de muestra de su más genuino pensamiento.

### 5. *Máximas morales*

Las *Máximas morales* no tienen un autor que pueda ser identificado. Aparecen en bastantes ediciones del catecismo de Astete, desde finales del pasado siglo<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> "Máximas morales", en *Catecismo de la doctrina cristiana...* (Valladolid, Vda. de Cuesta e Hijos, 1892) 62-64; id., (Madrid, Calleja 1987) 63 (cambia el orden de algunas máximas); id., (Valladolid, Jorge Montero, 1902) 63-64; id., (Valladolid, A. Martín, 1908) 63-64; id., (Valladolid, A. Martín, 1914) 79; id., (Valladolid, A. Martín, 1917) 79.

- [1] Teme, niño, siempre a Dios  
Y de dicha irás en pos.
- [2] Quien a sus padres respeta  
Hallará dicha completa.
- [3] Muestra respeto sin par  
A ministros dei altar.
- [4] En el templo del Señor  
Guarda el decoro mayor.
- [5] Evita la hipocresía  
Que es la mayor villanía.
- [6] Venera y eleva cantos  
A imágenes de los santos.
- [7] Da en todo la preferencia  
A la virtud y a la ciencia.
- [8] Propio es de pechos humanos  
El respeto a los ancianos.
- [9] La ira todo lo evita  
Pues es del Señor maldita.
- [10] De ser soberbio te guarda  
Si no el averno te aguarda.
- [11] Iguales ante el Señor  
Son el monarca y pastor.
- [12] Jamás para otros deseos  
Lo que a ti dañoso crees.
- [13] Evita la ociosidad,  
Gozarás tranquilidad.
- [14] No uses la maldición  
Que es a Dios contradicción.
- [15] Presta protección al pobre  
Y Dios hará que te sobre.
- [16] No desprecies como vano  
El consejo del anciano.
- [17] No jures, si no es en juicio  
porque te vendrá perjuicio.
- [18] Sufre con resignación  
Cualquiera tribulación
- [19] Si evitar quieres tormentos  
Observa los mandamientos.
- [20] A nadie guardes rencor  
Pues lo prohíbe el Señor.
- [21] Al hacer una acción buena.  
De gozo el alma se llena.
- [22] Si obras mal tendrás tormento  
Y eterno remordimiento.
- [23] Guárdate de la mentira  
Que causa a Dios justa ira.
- [24] Si aprecias a los demás  
Apreciado tú serás.
- [25] Confiésate con frecuencia  
Y aquietarás tu conciencia.
- [26] En tus felices momentos  
Dirige a Dios tus acentos.
- [27] Tampoco olvides un día  
Culto rendir a Maria.
- [28] Ella dará protección  
A ti en la tribulación
- [29] En un suceso cualquiera  
Llámala por medianera.
- [30] Llámala con gran anhelo  
Y pide te lleve al cielo.

Constituyen una reflexión, ciertamente pobre, en pareados, que bien podrían haber sido utilizados al modo de los "Aleluyas", o de los pliegos de cordel, como pliegos de la doctrina cristiana. La calidad estilística no es muy buena (por ejemplo, estrofa 10<sup>a</sup>); se podría añadir que ni siquiera se pretende por parte del autor.

Sí constituyen un cierto repaso, más bien carente de orden, de algunas afirmaciones de la doctrina cristiana, que forman un surtido variado. Es claro que no se puede pretender encontrar un orden lógico, ni una trabazón interna, más allá de lo que permite la imaginación del autor.

En algún momento, por ejemplo, más que afirmaciones cristianas en el sentido más riguroso del término, lo que aparece es un consejo valioso para toda persona sensata (estrofas 13<sup>a</sup>, 16<sup>a</sup>, 24<sup>a</sup>): tales expresiones están más cerca del libro de los Proverbios, que del Evangelio o del resto de los escritos del Nuevo Testamento.

## 6. Introducción

Pablo Antón Moreno es autor de un catecismo en verso<sup>49</sup>. En el mismo, figura esta serie de estrofas. Podrían haber sido incluidas entre las del primer apartado, los cantos para invitar a la doctrina, a la vista de su título; sin embargo, a la vista de su contenido, me he decidido por situarlas entre las poesías que efectúan un repaso catequético.

[1] Demos, demos gracias a Dios;  
demos gracias por su instrucción.

[2] De la santa Doctrina  
queremos escuchar  
la sublime enseñanza  
y la eterna verdad.

[3] Somos hijos sumisos  
de la Iglesia de Dios,  
y obedientes queremos  
oír su santa voz.

[4] Los artículos todos  
de nuestra santa fe  
son verdades del cielo

que debemos saber.

[5] Los impíos maldicen  
de nuestra Religión  
porque todos los vicios  
reprende con rigor.

[6] Al que quiere ser bueno  
no le cuesta creer;  
los que quieren ser malos,  
esos pierden la fe.

[7] El santo Catecismo  
queremos estudiar  
y al Señor suplicamos  
gracia para empezar.

<sup>49</sup> P. Antón Moreno, *Catecismo Ripalda rimado* (Madrid, Tip. Yagües, s.a.).

La primera estrofa, más bien estribillo, apunta a la acción de gracias por la doctrina aprendida, con preferencia a frases que estimulen a acudir a la catequesis. Hace pensar en una canción para la conclusión de la catequesis. La palabra "introducción" estaría justificada por el hecho de que Pablo Antón la propone al comienzo de su escrito.

En cambio, la estrofa segunda si tiene el carácter de invitación. Podría, pues, ser empleada tanto al principio como al final de la sesión de catequesis. La tercera estrofa recuerda la condición de hijos de Dios, que debe llevar a los asistentes a la catequesis a la aceptación cordial de cuanto en ella se les propone. Los artículos de la fe (estrofa 4<sup>a</sup>), los mandamientos (estrofa 6<sup>a</sup>) constituyen dos de los pilares de la religión cristiana. Si tiene enemigos es porque se propone anunciar la luz en medio de las tinieblas, provocando el consiguiente rechazo (estrofa 5<sup>a</sup>). La consecuencia es incitar al estudio del catecismo, de manera que el dar gracias por lo aprendido, o el estimular por lo que se va a aprender son los dos extremos que cierran el arco de la composición de Pablo Antón.

### 7. *A modo de prólogo*

Aunque el nombre del autor aparezca acogido al manto de una semipe-  
numbra, al hacer constar que es "autor de la trilogía catequística", sin  
embargo es perfectamente identificable como el Hermano Pablo Ma-  
ría<sup>50</sup>.

[1] Estas estrofas encierran  
una gran sabiduría  
si practicas lo que enseñan  
al cielo has de ir un día.

[2] En estas líneas sencillas  
se ha intentado condensar  
lo que el hombre ha de saber  
si el alma quiere salvar.

[3] El hombre que sabe mucho  
e ignora la religión,

es un pobre desgraciado  
y digno de compasión.

[4] La ciencia más excelente  
es la religión divina,  
en el tribunal supremo  
de ella sola se examina.

[5] En ella aprenderá el hombre  
cuando haya menester  
para vivir como debe  
y así el cielo merecer.

---

<sup>50</sup> Pablo María, *Catecismo en verso* (Miranda de Ebro, Imp. Cerezo, s.a., 2<sup>a</sup> ed.) 1-2. Una hoja suelta, aneja a la 2<sup>a</sup> edición señala el verdadero nombre del autor; y la edición 3<sup>a</sup>, s.a., lo corrobora al añadir "el autor de la trilogía catequística, H. P. M."

[6] ¡Ay del hombre que desprecia  
de nuestra fe la verdad!  
por los siglos de los siglos  
pagará su necedad.

[7] Cuando a un niño le llegare  
el uso de la razón  
al Señor debe adorar  
y ofrecerle el corazón.

[8] ¡De dónde viene mi alma  
y a dónde veloz camina?  
debe el hombre preguntarse  
si de verdad se examina.

[9] Este es el deber primero  
que el niño debe saber  
a él ajuste su vida  
si el cielo quiere obtener.

[10] Esta ciencia primordial  
aprenderá fácilmente  
si el catecismo estudiare  
atenta y asiduamente.

[11] En este libro sagrado  
aprenderá cuatro cosas  
todas ellas importantes  
todas ellas muy hermosas.

[12] Saber lo que ha de creer  
lo que ha de hacer y evitar  
lo que debe recibir  
y cuándo y cómo ha de orar.

[13] Todo ello se halla encerrado  
en el credo y mandamientos  
en la oración del Señor  
y en los siete sacramentos.

[14] Nuestro primer padre Adán  
de la tierra fue formado  
y en un jardín delicioso  
con Eva fue colocado.

[15] La Biblia nos cuenta el hecho  
de cómo el hombre cayó  
y a dolores y trabajos  
el Señor le condenó.

[16] El fin del hombre es servir  
Al Señor que le crió  
y así gozar en el cielo  
con el que le redimió.

[17] El fin supremo del hombre  
es lograr la salvación  
para gozar en el cielo  
con los santos en unión.

[18] Las tres potencias del alma  
lo mismo que los sentidos  
en servicio del Señor  
debe tener muy rendidos.

[19] Muchos hombres por desgracia  
su noble fin desconocen  
será fatal su ignorancia  
si el cielo al fin no merecen.

[20] Dichoso aquél que se aplica  
a desterrar la ignorancia  
sobre todo en religión  
de la niñez y la infancia.

Todo el catecismo está hecho en verso, y ya he señalado antes la imposibilidad de su inclusión. He seleccionado del mismo las 20 primeras estrofas, que constituyen una especie de prólogo, en el que se aprecia cómo se va recorriendo en síntesis qué es lo que va a desfilar por las

páginas del catecismo. Especialmente, las estrofas 12ª y 13ª constituyen la clave de esa exposición sintética que el prólogo anuncia.

El escaso nivel, tanto literario como teológico, es palpable. Mezcla las propuestas anteriores con la invitación a acudir al catecismo (estrofa 1ª), o la enseñanza moral de que la doctrina es el saber del que pende la salvación del alma (estrofas 2ª, 4ª, 5ª y 20ª). La carencia de conocimientos, la ignorancia religiosa, constituye en definitiva la causa de la condenación (estrofas 3ª, 6ª y 19ª). Como remedio a esa situación, el catecismo proporciona los conocimientos adecuados, imprescindibles para progresar en ese camino (estrofas 10ª y 11ª), que conectan con las ya comentadas estrofas 12ª y 13ª, que señalan, en síntesis, los contenidos fundamentales de la catequesis.

Esto comporta por un lado la obligación de saber semejante doctrina, marcada por el sentido del deber desde que se tiene uso de razón, presente en las estrofas 7ª y 9ª; por otro lado apunta a la cuestión del fin del hombre y del sentido de su vida, diseminado por las estrofas 8ª, 16ª y 18ª (y acaso, en la estrofa 17ª, que habla de las potencias del alma, que tendrían que ser utilizadas para la consecución del fin propuesto). Como el hombre es pecador, no hay más remedio que tenerlo presente como dato de partida, fundacional y condicionante (estrofas 14ª y 15ª).

Lo cierto es que toda la exposición resulta confusa, falta de orden, y más aún falta de rigor expositivo. La amalgama resulta lo menos pedagógica que se pudiera pensar, y la supuesta invitación a la consulta, aprendizaje (estrofas 10ª y 11ª), y práctica (estrofa 1ª) del catecismo queda desvirtuada por un verdadero mosaico de afirmaciones en las que hay que proceder con cierta calma, para averiguar qué es importante y qué no lo es. No vale la pena proseguir con un análisis, que, en pureza, no debería haber dejado pasar una publicación de tan escasa calidad, por muy bien intencionado que estuviera su autor, que mezcla el sentido del deber con la lucha contra la ignorancia religiosa, la amenaza del castigo prometido, o el hecho del origen del pecado, como temas encadenados entre sí.

\* \* \* \*

Hemos llegado al final. El recorrido no deja de ser elocuente y significativo, ya que el empleo de la poesía en la catequesis aporta unas posibilidades poco estudiadas hasta ahora. No están aquí todas. Pero las que he seleccionado, clasificadas en los grupos presentados, muestran una utiliza-



ción variada, con intenciones diversas, con enseñanza también heterogénea.

Tanto las poesías, como los cantos pertenecen al pasado, a un pasado ciertamente diverso, porque mientras algunas son francamente lejanas y remotas, otras de estas manifestaciones han estado en vigor hasta tiempos bien recientes, hasta un pasado que hemos tocado con la mano, y cuyos testigos aún viven.

La renovación catequética propugnada por el Vaticano II ha desbancado estas manifestaciones, periclitadas en fondo y forma. La lección positiva que se extrae es clara: no resulta válido, ni siquiera con las mejores intenciones, utilizar en la catequesis unos elementos pedagógicos escasos, deficientes o faltos de rigor. Otros versos, no incluidos en este examen, aportan mejor calidad, pero los que por él han desfilado permiten reclamar para la catequesis la mayor dignificación y las mejores formas posibles.